

ras como á varón tan señalado, hizo favor esta sagrada familia de San Francisco de convidar á un Padre de los nuestros que predicase ese día, el cual, en el púlpito, hizo relación de lo que dejamos escrito, como de cosa muy conocida y sabida en aquel santo convento. Y todos fueron anuncios de lo mucho que Nuestro Señor se había de servir de la fundación de nuestro Colegio de Mérida, como se vió por los efectos.

Después de haber llegado el Padre Rector Tomás Domínguez con sus compañeros el año de 1618, y habiendo sido recibidos en esta ciudad con las muestras de benevolencia que habemos dicho, se compró un sitio para labrar Iglesia y casa de nuestra vivienda; y con el tiempo se fué acomodando lo uno y lo otro, de suerte que ya hoy tiene este Colegio labrada una hermosa Iglesia muy capaz, de cal y canto, cubierta de preciosa madera de cedro de que abunda esta tierra; y cuando se hubo labrado y dedicado, se trasladó el cuerpo de nuestro insigne benefactor y fundador (que estaba depositado en la Iglesia mayor) al sepulcro honorífico que se le había fabricado en nuestra Iglesia y suya, por haberse edificado con su liberalidad y limosna. Labróse también aquí casa de nuestra morada, donde ordinariamente residen diez ó doce sujetos; demás de eso, un patio aparte con su clase muy capaz para la lectura y ejercicios de letras, y la sacristía se fué alhajando de muy buenos ornamentos para la celebridad de sus fiestas; una de las cuales es la infraoctava de la Epifanía, en que se celebra la fundación de esta Iglesia y Colegio, para cuya solemnidad dejó aparte nuestro fundador ochocientos pesos de renta cada año, y que la candelera de fundador se diese al Regidor de la ciudad más antiguo, lo cual con grande solemnidad se ejecuta.

Y no se debe callar aquí la singular beneficencia y devoción con la Compañía de una nobilísima señora llamada Doña Maria de Salas, mujer que fué del Gobernador de esta Provincia, D. Antonio de Figueroa, la cual, viendo que buena parte de la cantidad que se había dado para fundación del Colegio, era menester para el edificio de la casa é Iglesia, quiso dar por tiempo de siete años todo cuanto hubiesen menester los nuestros para su sustento, vestuario y ornamentos de sacristía; señora que fué de grande cristiandad y ejemplo en esta república, y con cuya liberalidad y limosna quedó perfecta la fundación de este Colegio.

CAPITULO XIV.

FRUTOS QUE RESULTARON DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA CIUDAD DE MÉRIDA.

Luego que los Padres Tomás Domínguez y Francisco de Contreras, que iban á dar asiento á esta fundación, llegaron á Mérida (varones el uno y el otro de grande celo de la gloria de Dios y bien de las almas), comenzaron á entablar muy de asiento los ministerios que en

las demás partes donde está usa la Compañía: sermones, pláticas, doctrinas, visitas de pobres, encarcelados y enfermos de los hospitales, avivando en todas esas partes una gran devoción á la frecuencia de los santos Sacramentos de la confesión y sagrada Comunión, como medios principalísimos de la salud y eterna felicidad de las almas. Recibióse esta doctrina con grande gusto en todas partes: en la Catedral, donde el señor Obispo mandaba muchas veces predicar á los nuestros como hasta hoy lo hacen, en conventos de Religiosas que hay en esta ciudad, y algunas veces en la Iglesia de los Padres de San Francisco. Seguíanse de estos ministerios gran fervor de confesiones y no pocas generales, que suelen ser buen principio de mudanza y mejoría de vida.

Procuraron luego nuestros Padres entablar todos los ejercicios de piedad y devoción que ayudan á la guarda de la vida cristiana. Uno de estos fué como muy principal, fundar en nuestra Iglesia la Congregación de seglares, que muy en particular se dedican al servicio de la Santísima Virgen, como donde quiera que tiene casa la Compañía lo usa. Admitieron esta utilísima devoción los vecinos de Mérida con grande gusto, y los más principales de ella se inscribían por congregantes, acudiendo con mucho cuidado á los ejercicios y leyes de la Congregación: á pláticas los domingos por la tarde, á frecuentar Sacramentos, y celebrar con grande solemnidad las fiestas de la Santísima Virgen, visitando esos días con limosnas y regalos á los pobres del hospital y cárcel, haciendo cuenta que visitaban á Cristo; y pasaba tan adelante el fervor de esta devoción, que hubo congregante que si entendía que despedían del hospital á alguno que no estaba del todo convaleciente, lo llevaba á su casa, donde lo sustentaban, hasta enviarlo consolado y del todo sano. Ejercicios todos en que se echaba de ver el grande aprovechamiento de los congregantes.

Y no es de dejar aquí de referir un caso que declara cuán agradable le sea á Dios Nuestro Señor que se alistén los fieles y se dediquen en estas Congregaciones al servicio de su Santísima Madre. Un caballero de los de mayor autoridad en esta ciudad, se sentía llamado de Nuestro Señor para acudir á las pláticas y á los demás ejercicios que veía en esta Congregación; pero su vida era tan desconcertada y poco aplicada á estos santos ejercicios, que le parecía cosa imposible y aun indecente á su estado el acomodarse á ellos; y así, se descuidaba en acudir á este llamamiento é inspiración del cielo. Al mismo punto, pues, que vencido de su tentación se resolvió en que no había de ser congregante, confesó él mismo que por esta rebeldía había caído en una tan grave enfermedad, que yendo en crecimiento á pocos días, le resultaron unas llagas tan encanceradas, que le pusieron en trance de muerte y fué menester que de prisa recibiese todos los Sacramentos, hasta el de la Extremaunción; y viéndose en este extremo, se valió de dos medios y diligencias á que él mismo atribuyó el haberle concedido Nuestro Señor la vida para hacer penitencia (como él decía) de sus culpas: la primera, procurar que le admitiesen en la Congregación, que él tanto había repugnado; la segunda, de un voto que hizo al Apóstol de las Indias, nuestro Padre San Francisco Javier, de mandarle decir un novenario de Misas y celebrar cada año su fiesta; y con esto, se esforzó á sufrir la carnicería que para su cura los cirujanos habían de hacer, los cuales lo habían ya deshauciado, no dándole más

de veinticuatro horas de vida; pero fué Nuestro Señor servido que aunque el cáncer era muy recio, y más en tierra tan caliente como es ésta, se atajó cuando menos se esperaba, y el caballero sanó confesando que debía su vida á San Francisco Javier, y que esa se la había dado para emplearla en servicio de Dios, en la Congregación de su Santísima Madre. Y fué suceso éste que no sólo fué causa del aprovechamiento de este caballero, sino que también ayudó á que otros muchos que andaban vacilando de mejorar sus vidas, se resolviesen á mudarlas, dando ejemplo en la república de servir muy de veras á Dios en la Congregación de la Santísima Virgen. Y pudiéramos traer aquí otros muchos buenos ejemplos de los que le frecuentan, que por excusar prolijidad dejamos.

Lo que con singular devoción, edificación y demostraciones de grande alegría se entabló y solemnizó en la ciudad de Mérida, y hoy persevera con grande fruto de las almas, fué la publicación del Jubileo de las Cuarenta Horas que los días de Carnestolendas en nuestra Iglesia se celebran. Cuando se hubo de publicar, le pareció al señor Obispo que esto se hiciese con demostración de solemnidad y alegría; y sabiéndose esto en el Cabildo de la ciudad, en pocas horas se juntó el más vistoso acompañamiento que se había visto en esta tierra; ordenóse una pompa en que iban delante cuarenta mancebos de nuestros estudiantes, vistosamente aderezados á caballo, otros á mula con gualdrapas; luego el Cabildo de la ciudad, con todo lo más noble de ella; los dos Alcaldes ordinarios de la ciudad y Teniente de General llevaban en medio á uno de nuestros estudiantes bien aderezado, que llevaba un estandarte en que iba pendiente el Jubileo y letras apostólicas muy adornado, con grande solemnidad de trompetas, chirimías y cajas de guerra: señal todo de la alegría con que se recibía este beneficio y favor que les venía del cielo, y presagio de la guerra y victoria que se había de conseguir de los poderíos del infierno, que tan asquerosos, desenfundados é insolentes solían andar estos tales días. Dió la pompa un paseo por las calles de la ciudad, y el Ilustrísimo Cabildo con su acompañamiento, hasta que llegaron á la plaza y gradas de la Catedral, donde había concurrido todo el pueblo, asistiendo desde una ventana el señor Obispo, que mandó á su Provisor que lo publicase en su Iglesia, quedando Su Ilustrísima con singular demostración de agradecimiento de la Compañía por estos tales medios que inventaba y buscaba en orden á la salvación de estas almas. Los admirables efectos y preciosos frutos que se siguieron de entablar este solemnisimo Jubileo, fueron los que en toda la cristiandad donde se ha publicado, felicisimamente se han conseguido: la frecuencia de los divinos Sacramentos grande; muchas de las confesiones generales, con deseo de entablar nueva vida; todos los confesores de la Catedral y de la sagrada Orden de San Francisco tenían que hacer estos días; el concurso á hacer oración al Santísimo Sacramento descubierta, y asistencia á Vísperas y Misa de todo el pueblo era grande; los Prebendados de la santa Iglesia Catedral acudían á esta celebridad con tan grande ejemplo, que las dignidades de ella tomaban los incensarios para ir incensando al Señor cuando se hacía la procesión, y se daba á adorar al pueblo el Santísimo Sacramento. Y finalmente, los días profanos de las Carnestolendas, se vieron trocados en días santos, y destruida la profanidad y estruendo de la ciudad de Babilonia,

de suerte que parecía que la celestial Jerusalén había bajado del cielo á la tierra. No paró el abundante fruto de esta fiesta en sólo estos días y entrada dichosa de la Cuaresma, porque en el discurso de ella no paraban las confesiones y ejercicios de penitencia, acudiendo muchos á tomar disciplina y precediendo lección de un libro espiritual, tres días en la semana á nuestra Iglesia, y pidiendo tantos cilicios, que no se les podía dar abasto; y hasta los mismos indios venían con muestras de amor y agradecimiento á congratularse con los nuestros. Finalmente, fué de tanto agrado la festividad de las Cuarenta Horas y Carnestolendas santas, que un principal vecino de la ciudad llamado el Capitán Miguel de Torres, viendo el grande fruto que de ellas se siguió, dejó doscientos pesos de renta cada año para cera, música y solemnidad de esta fiesta.

Y no dejaré de contar dos casos que en este tiempo sucedieron, por ser muy particulares. Un mancebo muy galán y travieso, estando comiendo á la mesa de sus padres, se sintió de repente herido de pasmo que le privó del uso de sus miembros; viéndose así, pidió que lo llevasen á nuestra Iglesia, cuando en ella se celebraba la fiesta de Cuarenta Horas; llevólo en brazos y quiso que le pusiesen en la sacristía; estando aquí, rogó que le fuesen trayendo de las candelas que ardían en el altar mayor delante del Santísimo Sacramento, y como se las iban trayendo él las iba apagando en su cuerpo de la nuca para abajo en número de trece, con que apagó el pasmo; y lo que parece que pretendió Dios en enviárselo, fué más la salud de su alma que la del cuerpo, porque haciendo una confesión muy de propósito, de allí en adelante mudó de vida é intentos. Vistióse de hábito clerical, se puso á estudiar con grande edificación, y fué motivo de muchas alabanzas que se daban á Dios por el caso.

El otro fué más singular y desusado, que es el siguiente: Un hombre casado, por celos que tenía de su mujer, no bien fundados (porque estaba inocente), saliendo fuera de sí con tentación diabólica, le quitó la vida, no sólo á ella, á la madre y su suegra. Pero volviendo sobre sí, fué tanto el pesar que concibió de este delito, que determinó irse donde no lo viesen gentes; pretendió salir del pueblo, mas deteniéndole quien él no veía, se vino él mismo á la cárcel diciendo al Sota-Alcaide que él era homicida de tres personas inocentes y sin culpa; echóle de sí el carcelero, y dijole con piedad cristiana que se pusiese en cobro. El afligido homicida se fué á la Iglesia mayor, y pareciéndole que aquí le detenían para que no entrase, quiso entrar en las casas del Obispo á guarecerse y sintió la misma fuerza y violencia que le impedía. Viendo esto, se volvió á la cárcel, y aguardando que se abriese la puerta, sin podérselo estorbar nadie, dió consigo dentro diciendo: yo soy el malhechor, Dios quiere que pague mis pecados. Con que últimamente hubo de conocer de la causa la justicia, que lo sentenció á muerte, la cual padeció con mucha paciencia ayudado de los nuestros, que con mucha edificación de la ciudad acuden á esta obra de misericordia de ayudar, y asistir, y esforzar, en este trance, á los ajusticiados. Y de la buena disposición con que éste murió quedaron con prendas de haberse salvado, lo cual bien se pudo creer del que quiso hacer tal penitencia de sus pecados, que se sujetó á padecer la muerte que merecía, no tomándola él por su mano (que esto fuera añadir otro mayor delito), sino poniéndose en las que la podían ejecutar

justificadamente. Y con este suceso viene bien la doctrina de los Doctores, que dicen que el día del juicio se hallarán tan convencidos los pecadores de la gravedad de los delitos que cometieron, que por su pie se entrarán á pagarlos por las puertas de la cárcel del infierno, y si esto no hicieren, por lo menos no podrán negar la justificación con que los condena Dios.

CAPITULO XV.

FUNDACIÓN DE LOS ESTUDIOS DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE LA CIUDAD DE MÉRIDA, EN CAMPECHE.

Habiendo dicho en el capítulo pasado de los ministerios espirituales que tan felizmente entablaron nuestros Padres en esta ciudad en orden al bien universal de toda ella, ahora se nos sigue escribir en particular del ministerio de letras y virtud de la juventud, que es de los más importantes de que necesita una república. Y muy bien reconocía esta necesidad la ciudad de Mérida y su Provincia de Campeche, porque como tan apartada y remota, si acaso sus vecinos y gente noble habian de dar estudios á sus hijos, se veían obligados á enviarlos á la ciudad de los Angeles ó á la de México, pasando la mar y trescientas leguas distantes, y eso haciendo mucho gasto en su avío y sustento; y como muchos de los vecinos no tenían facultad para este gasto, de aquí se seguía el malograrse muchas buenas habilidades de manebos que se quedaban ociosos, y también el carecer esta Provincia del número de ministros eclesiásticos, que, como dijo Cristo Nuestro Redentor, son la luz y sal de la tierra: dos cosas bien necesarias para vivir.

Conociendo, pues, la Compañía la necesidad que había en esta ciudad y su Provincia de la institución y crianza de la juventud en virtud y letras, luego que se asentó la fundación del Colegio, abrió escuelas de Gramática, necesaria para pasar al estudio de otras mayores facultades. Fué tan agradable esta fundación de estudios al Ilustrísimo Prelado D. Fr. Gonzalo de Salazar, y al Cabildo de esta santa Iglesia, que de sus rentas aplicaron cada año perpetuamente ciento veinte pesos de limosna para ayuda del sustento de los operarios que aquí viviesen. Y seis años después, suplicó la Iglesia y ciudad de Mérida al Rey nuestro señor Felipe IV, fuese servido S. M. de que los estudiantes de facultades mayores que aquí leyese la Compañía, gozasen de los privilegios que ella tiene para conferir los grados que se suelen dar en las Universidades de Europa, de Bachilleres, maestros y Doctores á los que cursasen estas nuestras escuelas, por estar tan distantes de la Universidad de México; todo lo cual concedió S. M., concurriendo Breve de Su Santidad para que esto se ejecutase en beneficio de esta muy noble república y su juventud. A lo cual, con real piedad y liberalidad añadió S. M. la merced de renta de quinien-

tos ducados en cada año, librados en encomiendas de indios vacos, para el sustento de los maestros que leyesen las cátedras de Gramática y Teología moral; merced ésta en que recibió grande beneficio, así en lo espiritual como en lo temporal, esta república. Porque ya no tiene necesidad del gasto que hacía en criar en letras y virtud á sus hijos remitiéndolos á México, gozando ya en su casa tan felizmente de este beneficio. Habiendo salido de estos estudios tan aprovechados muchos sujetos, que unos con mucho gusto han sido recibidos en la Seráfica Religión de San Francisco, los cuales han procedido con tanto ejemplo, que han confesado sus Superiores que llevan mucho hecho para su aprovechamiento y progresos, cuando salen de nuestros estudios para la Religión. Otros han lucido en letras y se han graduado en facultades mayores con grande alegría de la ciudad; y entre ellos, el Gobernador del Obispado, Dr. D. Pablo de Sepúlveda y Figueroa, Chantre de esta santa Iglesia, á quien la dejó encomendada el Ilmo. Obispo D. Marcos de Torres y Rueda, que por orden y mandato de S. M. pasó á gobernar el Reino de la Nueva España. Y en este Colegio se prosigue hoy en la lectura de estas facultades con grande aprovechamiento de los hijos de esta república y ciudad; pero como nuestro Padre San Ignacio lo envió Dios al mundo para que se encargara no sólo de la doctrina de hijos crecidos, sino de los más pequeños que le nacen á nuestra Santa Madre Iglesia, y el mismo santísimo Patriarca se empleaba en enseñarles la Doctrina Cristiana y primeros rudimentos de nuestra santa fe, y este espíritu y celo santo dejó en herencia y lo imprimió en los hijos de su Compañía; así, en este Colegio de que tratamos, no se contentaron nuestros Padres sólo con haber abierto escuelas de latinidad y otras mayores facultades á la juventud, sino que se añadió con grande gusto de la ciudad una escuela de grande número de niños, á quienes un Hermano nuestro enseña á leer y escribir. Y á esto se junta la Doctrina Cristiana, en que salen tan diestros, y en la explicación de las preguntas de sus misterios, que los suelen referir y recitar en las plazas públicas cuando salen por las calles las doctrinas que usa la Compañía, en procesión. Cuando vieron salir estas acompañadas de nuestros estudiantes en Mérida (cosa muy nueva en esta ciudad), fué esto de tanta edificación en el pueblo y en la república, y de tanto gusto á su Ilustrísimo Prelado D. Fr. Gonzalo de Salazar, que sucedió tal vez asistir Su Señoría á la doctrina, y ayudar á cantarla con los nuestros y enseñarla en concurso de morenos (que hay muchos en esta tierra), con admiración de tan raro ejemplo de tan santo Pastor. Pero al fin consideraba que aquella doctrina era divina y que la había predicado el Hijo de Dios por su misma boca, y que como buen Pastor, imitando al que llamó San Pedro Príncipe de los Pastores, Cristo Jesús, apacentaba á sus ovejas con la doctrina del cielo que el mismo Señor predicó. Acudía también algunas veces este ejemplarísimo Prelado, juntamente con el Gobernador de la Provincia, á honrar nuestros estudios y los actos literarios de ellos, honra con que mucho se alentaba la juventud al ejercicio de las letras; y saliendo gustosísimos esos señores de ver y experimentar el grande aprovechamiento de los estudiantes, sus Señorías fueron los que escribieron al Rey nuestro señor, suplicándole se sirviese de favorecer estos estudios, como lo hizo S. M. y el señor Obispo que tenía un preceptor en su casa que enseñase á sus

criados, viendo el mayor aprovechamiento de nuestros estudiantes, envió á los suyos á nuestras escuelas, añadiendo que no había de ordenar á ninguno que no fuese aprobado por los de la Compañía.

CAPITULO XVI.

DE OTROS FRUTOS QUE SE HAN SEGUIDO DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA EN LA CIUDAD DE MÉRIDA.

Aunque la Provincia de Campeche toda ella está poblada de indios, y ha sido privilegiada en conservarla Nuestro Señor, de suerte que no ha padecido la disminución de ellos que se ha padecido en las demás Provincias de Indias; pero los españoles, demás de la ciudad de Mérida, tienen fundadas y pueblan algunas principales villas, como son la del Puerto de Campeche y otra llamada Valladolid, y á la una y á la otra han acudido en misión á sus tiempos los Padres del Colegio de Mérida, donde han ejercitado sus ministerios con grande aprovechamiento de los vecinos de estas villas, de las cuales algunos mancebos, oyendo decir lo que florecían los estudios que se habían fundado en nuestro Colegio de Mérida, y viendo que tenían ya tan cerca el nobilísimo ejercicio de las letras, se alentaron á ir á emplearse en aprender con tanta codicia como significará el caso siguiente, que por ejemplo de otros aquí se escribirá. Un niño de poca edad, hijo de padres honrados y ricos, les rogó que lo enviasen á estudiar al Colegio de la Compañía de Mérida; pero ellos, que le amaban como único heredero de su hacienda, no lo querían apartar de sí; pero el muchacho, deseoso de ir á aprender las letras y virtud que había visto en dos estudiantes que en tiempo de vacaciones habían venido á descansar á su tierra, se determinó de irse secretamente con ellos á Mérida; el padre, lastimado de la ausencia de hijo tan querido, siguió á los estudiantes en cuya compañía sabía que iba, y fué Nuestro Señor servido que entre ellos se le encubriese, de suerte que no lo descubrió. Volvióse á su casa, y el mancebito á quien parece que llamaba Dios para que aprendiese virtud y letras en nuestros estudios, llegado á Mérida se fué á casa de un Prebendado de aquella santa Iglesia que lo amparó y tuvo en su casa; no acabando de alabar así el valor con que había vencido á sus padres, como el ejemplo de virtud con que acudía á sus estudios. En estos ha procedido y florecido la juventud en todo género de virtudes, de frecuencia de Sacramentos, penitencia de disciplinas y cilicios; devoción singular con la Santísima Virgen, que es la leche con que se cría esta edad y juventud, y se conserva en toda pureza. Y ha sido esta devoción de los estudiantes de Mérida con la Reina de los ángeles tan afectuosa, que por más servirla y agradarla, los días de sus festividades se han empleado en visitar los enfermos de los hospitales, llevándoles comida y regalos; ejemplo con que otras personas de la ciudad se han movido á lo mismo. Esta obra de caridad también

se ha ejercitado con los encarcelados, que suelen ser muchos en este lugar, por razón que no se puede determinar ninguna causa de momento en toda la Provincia, sino en esta ciudad que es cabeza del gobierno de toda ella.

Ejemplo también de edificación fué en esta república, el que le sucedió á un Capitán alentado y rico, el cual, habiendo hecho voto de entrar en Religión, no acababa de ponerlo por obra; apretábale la conciencia y andaba con sobresaltos en ella, y cuando iba por la calle, le parecía que se le ponía delante una figura espantosa, que con rostro airado lo miraba y lo amenazaba; con estos miedos y asombros, llegó un día en buena hora adonde un Padre de los nuestros estaba haciendo una plática, tratando en ella del menosprecio del mundo; ésta hizo tal operación en el ánimo de este Capitán, que acabándola de oír se fué derecho á un convento de San Francisco, y estuvo tan constante en que se había de quedar en él y recibir luego el hábito, que para asegurar esta su resolución, se cortó los bigotes y se los envió á su madre para que perdiese la esperanza de que hubiese de volver más al siglo. Los Religiosos Padres lo recibieron en su convento y dieron el hábito, aunque con algún recelo de que éste fuese algún fervor de mozo (porque lo era) y que no perseverase; pero su devoción y penitencias mostraron que la semilla de la palabra divina había echado en su corazón tan hondas raíces, que no las pudieron contrastar ni arrancar tentaciones del demonio ni otras que tuvo de sus deudos y parientes. No fué lance de menos estima, el que en otro sermón alcanzó un Padre oyéndole un hombre rematado y perdido, que habiendo cometido un pecado muy feo, por tiempo de once años le había ocupado la vergüenza para no manifestarse al confesor; á esto se añadía que era tan dado al vicio del juego, que en él perdía su hacienda y la ajena. Un día, pues, con deseo de desquitarse de tantas pérdidas, quiso valerse de la intercesión de la Virgen, encomendándose á una imagen suya de quien era devoto y tenía en su casa, queriendo el mal considerado, que esta Santísima Señora le ayudase en tan pernicioso vicio. No le sucedió así, antes salió más perdidioso, y despechado del caso, se salió al campo para ahorcarse de un árbol; llamaba por los montes al demonio, apareciósele en forma de un toro negro fiero y sañudo, permitiéndolo Dios así, para que viera el desdichado lo que era aquel á quien llamaba. Espantado con esta figura y peligro en que se veía, invocó el favor de Dios y de su Santísima Madre; desapareció aquella fiera, propuso la enmienda y de confesarse, y no acababa de cumplirlo, hasta que oyendo el sermón del Padre se vino á confesar con él, y quedó remediada esta alma perdida.

Y no se debe dejar de contar por fruto de la venida de la Compañía á la Provincia de Campeche, la devoción que en ella se ha introducido y extendido con nuestro bienaventurado Patriarca San Ignacio, de quien ha recibido milagrosos favores y singulares beneficios. Confiesa la gente, que después que los de la Compañía llevaron la devoción, imágenes y medallas de nuestro Padre San Ignacio, no suceden ya las desgracias que solía haber, en particular de revesados partos, y por el beneficio que por intercesión del Santo han recibido en ellos personas principales, han venido á nuestra Iglesia á rendirle las gracias. Y se ha reparado con particularidad y experimentado que no se lleva á ver una imagen, que nuestros Padres tienen de San Ignacio, á mu-

jer que peligré de mal parto, que no tenga feliz alumbramiento con su imagen. Tres días había estado una señora en Mérida con recios dolores, y el último de ellos atravesada la criatura y echa un ovillo, y la madre sin fuerzas ni aliento, esperando por momentos la muerte; avisaron en este trance á los nuestros para que la encomendaran á Dios; lleváronle y echáronle al cuello una medalla, imagen de nuestro Padre San Ignacio, y en aquel mismo instante echó la criatura buena y sana. Y no me detengo en referir aquí otros casos en esta materia, por ser muy semejantes á los que dejamos referidos en otras partes; porque lo cierto es que en todos los lugares donde trabajan sus hijos, favorece sus ministerios y trabajos con singulares maravillas nuestro Santo Padre; y porque no todas se queden por decir, haremos aquí memoria de una u otra. Una niña, hija de padres nobles y afectos á nuestra Compañía, estaba muy al cabo de la vida, sin tomar el pecho por muchos días y ya con accidentes de muerte. Advirtiéndole, pues, los maravillosos efectos que obraban las medallas de nuestro Padre San Ignacio, enviaron á pedir una á nuestra casa, y en poniéndola al pecho de aquella criatura, luego sintió la mejoría y tomó el pecho de la ama, y sus padres cumplieron una devota promesa que habían hecho al Santo. Otra mujer estaba en el trance de la muerte, y ya sacramentada; habíala puesto en este peligro una hinchazón que se le había hecho en el vientre, que demás de atormentarla por tiempo de cuarenta días, apenas podía cada día pasar una onza de sustancia; persuadiéronla hiciese alguna devota promesa á San Ignacio; hizola, y púsose una medalla al cuello; comenzó luego á resolverse la hinchazón, y dentro de poco tiempo se halló buena y sana. Tenía otra mujer un niño con una enfermedad tan grave en los ojos, que se le iban cubriendo de nubes; encomendólo con tan buena fe á nuestro Santo, que en breve tiempo alcanzó el niño salud, sin otro remedio humano. Finalmente, no debo dejar de referir aquí los últimos frutos que los hijos de San Ignacio, por medio de sus ministerios, han cogido en la tierra y en el cielo los años de 1650 y los dos siguientes en la ciudad de Mérida, en la cual, habiendo corrido una enfermedad de peste, que aunque hizo gran destrozo en los cuerpos, pero no así en las almas, á las cuales no faltaron Sacerdotes que les socorriesen con los santos Sacramentos, y en particular con el de la confesión, acudiendo con tanta continuación nuestros Padres á los muchos que caían enfermos de este contagio, que pegándoseles la enfermedad rindieron la vida casi todos los que había en el Colegio, quedando vivo un sólo Sacerdote; siendo los que murieron tres Padres Rectores, uno después de otro, varones señalados en letras, virtud y talentos, cuyas vidas, por haber sido muy ejemplares y religiosas, y por haberlas rematado y ofrecido estos varones santos trabajando con caridad apostólica en este Colegio, las juzgamos por dignas de historia.

CAPITULO XVII.

ESCRÍBESE LA RIGUROSA PESTE
QUE AFLIGIÓ LA CIUDAD DE MÉRIDA, EN CAMPECHE,
DONDE MURIERON TRES PADRES RECTORES
Y OTROS DE NUESTRO COLEGIO, AYUDANDO Á LOS APESTADOS.

Cuando los casos y sucesos son raros, y en ellos por una parte se conoce el rigor de la justicia de Dios, y por otra su divina clemencia y misericordia, dignos son de escribirse en historia para memoria y ejemplo á los venideros. Tales fueron los efectos de la rigurosísima peste que aquí referiremos, que sucedió en la Provincia de Campeche, y más en particular en la ciudad de Mérida, donde nuestros religiosos Padres ayudaron á los heridos de esta enfermedad con tal caridad que rindieron la vida en esta empresa por haber sido tan rigurosa como aquí escribiremos; y porque demos principio por los presagios horribles que precedieron, estos fueron: que por los meses de Mayo, Junio y Julio del año de 1648, á las puestas del Sol se impresionaba de un calor tan encendido este planeta, que parecía arderser en vivas llamas, y después, al amanecer, se levantaban vapores tan gruesos, que anulaban la claridad del día y del aire; la tierra parecía que brotaba fuego de sus entrañas, ocasionando un calor y bochorno insufribles; los cuerpos se sentían extraordinariamente destemplados; el cielo de bronce para enviar su lluvia, aunque era tiempo de ella. Con este temperamento y rigores de tiempos, los animales brutos y aun las aves se caían muertos por los campos; y lo que sobre todo causó asombro á los naturales y forasteros, fué que las aguas del mar se inficionaron de suerte con las calidades conocidas de los malos aires, que á su contagio morían en tanta abundancia los peces, que sobre agnados cubrían la mar. Fué esto de suerte que navegando entonces por la sonda Cabo de Catoche y Golfo mexicano un navío que venía de Castilla, aunque era ligero y el viento favorable, y desplegadas todas sus velas, de sol á sol no le fué posible montar más de cuatro leguas por el impedimento grande y resistencia que de una y de otra parte le hacía la muchedumbre de peces muertos, por lo cual la proa no podía romper; y fueron tantos los que las olas y resacas echaron á las riberas y playas, y por ensenadas y caletas, que arrumados á montones, levantaban grandes médanos de esta mortandad. El olor y corrupción de este marisco llegaba y ofendía grandemente á la ciudad de Mérida, aunque distante por la parte más cercana cinco leguas, y para obviar el daño que de esta corrupción amenazaba, despachó el Gobernador de la Provincia sus mandamientos, para que los pueblos con sus comunidades acudiesen á quemar los peces muertos, señalando algunos españoles que fuesen Superintendentes á esta faena; pero era tanta la cantidad que arrojaban las olas, que se juzgó por imposible salir con el intento. A los fines del mes de Julio comenzó á picar el contagio de la peste en algunos barrios de la ciudad de Mérida, con la misma